



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE ARTES

EL CORAZÓN EN LA MANO
De cuando mi abuela se volvió elefante

Memoria para optar el título profesional de Artista Textil

Fernanda Guajardo Quiñones

Profesor guía: Constanza Urrutia Wegmann

Santiago, Chile
2022

*Que el canto tiene sentido cuando palpita en las venas
Del que morirá cantando las verdades verdaderas*

Víctor Jara

Índice

I.	Por dónde empezar	4
II.	Ser nube	9
a.	Sueños de una mujer despierta	10
b.	La cabeza perdida	15
III.	Mirar al cielo	22
a.	Migrar	23
b.	Donde habita el infinito	28
IV.	Como quieren los elefantes	32
a.	Sobre la vida y la muerte	33
b.	El funeral	37
V.	El corazón en la mano	41
VI.	Bibliografía	44

I. Por dónde empezar

He pensado una y otra vez en cómo comenzar este texto, pero sencillamente no se me da. Han sido horas, días, meses frente a mi escritorio, viendo mis piezas, escribiendo, borrando, volviendo a escribir, mirando al techo, pensando, dando vueltas eternas que no llegan a nada. Me preguntan que cómo voy, que cuánto me falta. Digo que bien, que cada vez queda menos, que estoy motivada y avanzando con mi proyecto, pero les voy a contar un secreto: siempre fue mentira.

Es rico admitirlo, pero también necesario. Así son estos procesos, porque un proyecto como este involucra también abrir mucho de una misma y eso nunca es fácil. Significa indagar en recuerdos, emociones, historias, abrir heridas. Hay que llegar profundo, y mientras más adentro más cuesta salir. De a poquito van saliendo las cosas, pero lamentablemente es difícil avanzar a la velocidad que el tiempo exige. Hacer obras así de alguna forma es incómodo y denso. Aunque cumpla con los plazos, no estará terminado del todo, porque involucra tantas cosas que me es imposible abarcarlo de la forma en que me gustaría. De todas maneras, es bonito pensar que cuando una empieza ese trabajo, sólo hay un camino posible: avanzar. Aunque a veces se haga más lento, aunque a veces sienta que doy vueltas en círculos, aunque pasen meses en los que no tenga nada nuevo, aunque desarme todo y vuelva a plantearlo otra vez, aunque no lo parezca, siempre es hacia adelante.

La verdad es que hace un rato que vengo peleando conmigo misma y con la vida. Es como que vivieran múltiples personas dentro mío y jamás se pusieran de acuerdo. Discuten todo el rato, se mandonean, se porfían, se insultan, se auto-sabotean. También se aguantan y quieren, claro. Yo las escucho desde fuera. Toda esa discusión mental tiene a mi cabeza funcionando veinticuatro siete, por lo que no me queda energía para otras cosas. A veces digo que preferiría sencillamente ser una nube, un pajarito o un animal submarino, quiénes me escuchan piensan que estoy bromeando, pero yo lo repito como mantra.

De tanto darle vueltas y cada vez más apretada por el tiempo, me di cuenta que lo más simple para mí sería solo escribir desde la guata y sin

pretensiones. Así como que no quiere la cosa, a modo de relato y para sacar todo eso que guardo dentro. Al final, de alguna manera esta obra es eso, una forma de desenredar la madeja en torno a lo que llevo dentro y a un recuerdo, este texto es la palabra que se hace presente para dar explicación a algo que se resuelve más bien de manera plástica

Aquí me encuentro.

Este sería mi panorama: miércoles, 22:54, mi cama, calzones y con una pata afuera de las tapas por el calor, pero solo un poquito porque un monstruo me podría agarrar desde abajo de la cama. La negra está acurrucada entre mis piernas y no me deja mover, escucho a los grillitos sonar, de lo doblada que estoy mi columna parece más una hilacha que huesos, mañana me va a doler el cuello.

Y es que así es la única manera en la que me resultan las cosas, cuando no las pienso tanto. El instinto me funciona bien, soy medio animal. De alguna manera, si es que he podido llegar a alguna conclusión en todo este tiempo de reflexión, sería que entiendo la práctica del arte cuando cuando es humilde y cotidiano. Por, sobre todo, sin tantas explicaciones. Cuando solamente son cosas que nacen, que rebasan los límites del cuerpo y el alma y buscan mostrarse a través de otros planos. Cuando el arte es sustento y no cuándo es la persona detrás quién tiene que justificarlo. Me parece un tanto odioso cuando el arte es pretencioso y rebuscado, las obras deberían dar su explicación por sí mismas, por eso me cuesta quizá escribir sobre ellas. Si es que es necesario un texto de ochenta páginas para que mi vecino de la esquina pueda entenderlo, entonces para mí no tiene sentido (tampoco lo tendrá para él ya que ni siquiera se dará el tiempo de leerlo).

*El arte es garantía de cordura*¹. Así como dice la Louise. Y para las cuerpas que somos depresivas o ansiosas, hacer arte puede ayudar a mantenerte a flote. Y si bien hemos estado peleadas, le agradezco cada día por darme sentido y razón. Le agradezco a mis manos por darme esa posibilidad, le agradezco a mi cabeza, imaginadora, compleja, pantanosa.

¹ Louise Bourgeois, *Art Is a Guaranty of Sanity*, no. 9 of 9, from the series, *What Is the Shape of This Problem?* 1999

Pero que siempre saca a flote esos sentimientos y emociones que no se pueden expresar con palabras.

No pretendo hacer un texto denso e informativo, con citas, análisis y reflexiones sobre la inmortalidad del cangrejo. Tampoco pretendo escribir un diario de vida con confesiones de una infancia frustrada, sin embargo, de alguna manera, terminará siendo ambas. Mi obra tampoco es muy compleja. Es simplemente aquello que verán, aquello que soy. La manera en la que la interpreten quienes la vean es lo que realmente vale.

A fin de cuentas, lo único que está claro es que mi obra gira en torno a la historia de cuando mi abuela se convirtió en elefante. O más bien, de cuando un elefante se transformó en mi abuela, y eso es aquello que explicaré en este texto.

Coincidencia:

Circunstancia de coincidir dos o más personas, cosas, sucesos o fenómenos.

II. Ser nube

a. Sueños de una mujer despierta

*No temas despertarte,
que la luz que se cuele por el tamiz de tus sueños
alumbra esta noche y limpia el cielo del mundo
Duérmete y que vuestro sueño custodie el futuro*

Ismael Serrano

Tengo un recuerdo que siempre ha habitado en mi cabeza: hay un elefante que me cuida. Me abraza con su trompa, me sostiene, y me deja descansar sobre su cabeza.

Cuando digo esto no quiero que se entienda como parte de mi imaginación. Dejo en claro que no era un personaje de una película, ni un amigo imaginario, ni un juguete, este elefante es real. Para confirmarlo hay una foto que lo demuestra, en donde aparezco sobre él siendo una guagua.

Y aquí aparece la coincidencia N°1 (me daré el tiempo de explicar esto más adelante): Estoy segura de haber sentido y recordar su calor, el lento respirar, su textura áspera, sus latidos profundos

bum,

bum,

bum.

Ahora y muchos años después, recién me comienzo a preguntar, ¿cómo podría ser posible que una guagua haya estado con un animal así? Esto no es el libro de la selva, es la vida, aquí no se permiten cuentos. Vivo en Chile, no en África ni en Asia, aquí no hay elefantes. Aunque bueno, algo de realismo mágico se puede permitir.

La verdad es que hasta hace poco casi no lo pensaba ni cuestionaba, era un recuerdo que había dejado vivir ahí, así como se

recuerda a un compañero del jardín o a un animalito que vivió con nosotros durante nuestra infancia. Sólo están ahí, tranquilamente, inalterados en el espacio de la memoria.

Como paréntesis y para contexto de esta historia es necesario decir también que siempre he sido una soñadora, de manera literal y metafórica. Desde niña suelo soñar por las noches, tengo recuerdos de algunos desde mi infancia, cuando rondaba más o menos los cinco años, siempre bastante lúcidos y detallados, la mayoría del tiempo sobre mi familia, hasta el día de hoy. Pero de la misma forma suelo soñar estando despierta, me imagino lugares, situaciones, historias. Cosas inverosímiles y cosas que son más bien cotidianas. Siempre me ha gustado eso de la cabeza, pueden coexistir estos dos mundos sin problemas.

Es por eso que nunca le tomé mayor importancia a la existencia de este elefante. Quizá podría ser un sueño, o parte de mi imaginación, da igual.

A lo largo de mi vida siempre han estado presente aquellos quienes se encargan de aterrizar esos pensamientos, a veces para ayudarme, a veces sin querer, a veces con un comentario tipo: ‘de qué estás hablando?’, cada quién y a su manera me recuerda que no puedo vivir en mi cabeza todo el tiempo. Una de ellas es mi mamá.

Ella nunca ha entendido bien esas cuestiones, no tiene tiempo. Nunca le ha gustado la poesía ni cierra los ojos para sentir el silencio.

Dice que soy especial, a veces lo siento como un insulto, pero ¡es mi mamá! Ella no podría insultarme. Sin embargo, me resulta inevitable sentir algo de hostilidad de su parte respecto a ese tema, como si ella no fuera capaz de imaginar, o si no se lo permitiera realmente.

Yo creo que, aunque lo intente no podría reprimirme a mí misma de imaginar de la manera en que ella lo hace. Siempre siento fuerte y en todo lo que me pasa hay mundos. A toda la gente que conozco nos imagino en otras vidas, a las cosas que veo les invento una historia, siento como todo lo que me rodea tiene un poco de mí.

Que no se me malentienda, no busco culpar a mi madre de nada. Busco darles forma a estos sentimientos y a todo esto que tengo en la cabeza, busco entenderme a mí misma.

El año 2020 y después de los primeros meses de pandemia me diagnosticaron depresión. En ese momento solo quería ser una nube. Estar ahí flotando como si nada, yendo a donde el viento me lleve. En vez de eso la pena me ahogaba cada vez más. Sumergida en la tristeza más grande sólo podía canalizarlo a través del enojo y buscando echarle la culpa a alguien, quería responsabilizar a alguien sobre lo que me estaba pasando, quizá así iba a ser más fácil para mí. En esos momentos todo el océano que llevaba dentro terminó ahogando a mi mamá para mí. Si lo pienso ahora me parece injusto cargar todo esto contra ella, al final siempre hizo lo que pudo.

¿Acaso los traumas se podrán heredar? Me lo pregunto porque pienso que a lo mejor ese trauma me fue traspasado. No haber sido realmente yo quién siente esa carga del abandono, de la falta de contención, falta de cariño. Sino que viene conmigo, casi genéticamente, como si estuviera predestinada a sentirme así.

Ya no culpo más a mis padres, en especial no a mi madre, pero en este proceso de alguna forma busqué responsabilidad en ella de aquella carencia. Ahora pienso ¿Por qué siempre somos las mujeres las culpables? ¿por qué siempre somos las mayores responsables de todo? Mujeres que tenemos que hacer mil tareas, mujeres araña con mil brazos, trabajo, hijos, comida, marido, aseo. ¡Lo siento mamá! Tanto que me costó darme cuenta de eso, nosotras no somos enemigas. Conversé conmigo de niña, y ella me contó un secreto: había alguien más adentro mío, quién no me dejaba sentir de corazón. Ojalá que puedas disculparme.

En esas conversaciones yo me pedí volver a esas cosas que tanto me gustaban cuando niña, envolverme en mis sábanas, jugar a ser fantasma, preguntarme cosas, acurrucarme, dibujar. A través los dibujos iba armando ese puzzle. Mis manos sobre el papel, veía antiguas fotografías, las reproducía. Entré en sus historias y en sus personajes. Entré en un

diálogo conmigo misma y con mi madre a través del dibujo, eso es lo que él significa para mí, una forma de entrar a mi cabeza y ver lo que ahí habita desde afuera, conté como me sentía a través de mis manos y mientras lo hacía, se me iban entregando las respuestas. *Cobijo, gráficas del (des)amparo* fue el nombre que le di a este relato visual que construí en la búsqueda del abrigo que perdí alguna vez.

La idea surgió de ese taller pandémico en mi cuarto año de carrera, cuando nos tuvimos que acostumbrar a mirarnos las caras a través de la pantalla, cuando por primera vez tuvimos que trabajar con línea autoral y empezar a delimitar lo que se convertiría en nuestra propuesta como artista.

El resultado fue un libro de ilustraciones, con imágenes de aquellos pequeños recuerdos de la infancia, y como se van problematizando en el encuentro con un sentir actual. Sumado con mis propias reflexiones este libro ayudó a calmar mis inquietudes y a darme una claridad de lo que mis manos construyen y lo que me identifica.

Aquí recordé por primera vez aquella imagen del elefante que posteriormente dio continuidad a mi actual obra, entonces sentí la necesidad de buscar aquella fotografía.

*Mamá, ¿te acuerdas de ese elefante que me cuidaba?
sí, en esa foto aparece, ¿acaso no lo recuerdas?, ¿dónde está esa foto?
-Fernanda, ¿de qué estás hablando?
Ese no era un elefante, esa es tu Mami Peta-*

Charchazo a la memoria. Una vez más mi mamita recordándome las tonteras que pienso a veces. Claro. ¡ahora todo tiene más sentido! El elefante siempre fue mi abuela.

Sin embargo, algo no me dejaba de dar vueltas. Podría haber sido cualquier persona, cualquier familiar, amigo, amiga, pero no fue nadie más que ella quien encarnaba esta figura. Su cuerpo grande, su piel rugosa, ese chaleco gris y áspero, su respirar lento, sus latidos profundos, sus ojos pequeños, sus grandes orejas, ¿serán una coincidencia?



Dibujo de la serie Cobijo – 2020

Grafito sobre papel

b. La cabeza perdida

*"Penélope, mi amante fiel, mi paz
Deja ya de tejer sueños en tu mente"
"Mírame, soy tu amor, regresé"
Le sonrió con los ojos llenitos de ayer
"No era así su cara ni su piel
Tú no eres quien yo espero..."*

Joan Manuel Serrat

A partir de ese momento fui descubriendo una serie de coincidencias que iban dando sustento a mi imaginación y que me decían que estas cosas no viven solo en mi cabeza. García Márquez dice sobre la creación de "Del amor y otros demonios": «Mi abuela me contaba de niño la leyenda de una marquesita de doce años cuya cabellera le arrastraba como una cola de novia, que había muerto del mal de rabia por el mordisco de un perro, y era venerada en los pueblos del Caribe por sus muchos milagros. La idea de que esa tumba pudiera ser la suya fue mi noticia de aquel día, y el origen de este libro.»². De alguna forma hay una relación entre la imagen de la abuela y el relato popular que construye una identidad. Es parte de una esencia en donde lo inverosímil se vuelve parte de una cotidianidad. Relatos que son en principio reales, con una coherencia y en un ambiente tal que hacen que quienes los escuchamos ni siquiera cuestionemos los hechos, sin embargo, una vez entrando a nuestra cabeza, ¿quién puede decirnos lo que es real y los que no?

Se puede creer en la posibilidad de fugarnos a un mundo de ensueño ideado por la fantasía de un genio creador. Sin embargo, sabemos que esto no es sino fruto de una construcción colectiva y no de un individuo

² García Márquez, G. (1994). *Del amor y otros demonios*. Editorial Contemporánea.

particular. Sabemos que los árboles genealógicos son enredados como los parrales, sabemos que las rodillas duelen cuando viene la lluvia y sabemos que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Nada de lo yo que pueda mostrar podría considerarse original. Mi mano y mi palabra es solamente transcrita: es la voz de quienes me criaron.

Es la voz de mi padre, de mi madre y por sobre todo de mi abuela. Son esas historias que me contaban cuando niña, son esos recuerdos que creé. *Su sola enunciación nos remite a la pluralidad de significados que puede tener la historia, según quiénes sean lxs sujetxs que la "hacen", la narran o la sufren. Esta pluralidad se ha manifestado en diversos formatos no escritos, incluyendo el testimonio oral, el dibujo, la pintura, la fotografía y el cine. Las imágenes han jugado un papel crucial en la comunicación intercultural: son un lenguaje proliferante de códigos y mensajes tácitos que se despliegan en múltiples sentidos, sin formar un trayecto rectilíneo o unidimensional.*³ Como explica Silvia Rivera, las historias se convierten en relatos colectivos que desde una perspectiva no hegemónica se transmiten a través de diferentes medios no escritos. Construyendo imaginarios complejos y no simplemente líneas de tiempo con la descripción de ciertos hechos.

Eso es lo que busco en mi proyecto, una construcción completa de una narrativa a través de diferentes medios. Que relatan simultáneamente una misma historia sobre este elefante y mi familia, pero que en particular cada pieza juega un rol diferente dentro de esta narración.

El cuerpo de obra consiste en lo siguiente: pinturas al óleo, un autorretrato, una serie de pinturas de animales muertos y pequeños marcos de fotos pintados rememorando a mi familia junto a sus respectivas figuras en cerámica, también variadas piezas de greda que mezcladas con pinturas y figuras de tela construyen diferentes escenarios, situaciones y personajes, dibujos en carboncillo sobre pliegos de papel y también una parte audiovisual que queda pendiente, ya que no fui capaz de resolverlo para la entrega de este proyecto. Todo esto ambientado en un espacio oscuro y de luz tenue y cálida, que genere los contrastes y claroscuros justos para

³ Chusicanqui, S. R. (2015). Sociología de la imagen: Miradas ch'ixi desde la historia andina (1.a ed.). Tinta Limón.

poder ver las piezas, y que también permitan ver el gesto material que existe en ellos, las huellas de mis dedos y del pincel.

De la misma forma en la que en mi vida se fue construyendo un imaginario, que muchas veces es más bien confuso. Esta obra la pensé casi como la casa de mi abuela, en donde cuando era niña recuerdo ver los muros abarrotados de cuadros que compraba en la feria, desordenados, con marcos diferentes, de distintos tamaños. Siempre con poquita luz para no gastar. Sobre las mesas y veladores había pañitos de crochet blancos, almidonados, que eran pequeñas alfombras para las figuras de cerámica que estaban sobre ellos. La tele prendida, con el volumen despacio, hacía un constante ruido blanco que siempre estaba ahí y que cada cierto rato llamaba mi atención. En el patio siempre había un brasero, sobre el piso de tierra arcilloso, lleno de carbón y brasas, en invierno me retaban si me acercaba porque estaba siempre prendido, pero en el verano esos pedazos de carbón eran pequeñas piezas de tiza negra para dibujar sobre el cemento.

Esta obra es todo aquello que vivía ahí, los materiales y sus formas, pero construido desde mí. Es una reversión de los hechos. Nace una necesidad en mi interior de darle una forma a estas memorias, que los relatos de mi Mami no queden en mi cabeza y en lo banal, sino que darle una forma y una materialidad que les dé continuidad en el tiempo. No son historias magnificentes ni ostentosas. Son más bien simples y cotidianas, ingenuas, pero es exactamente ahí donde habita su belleza.

Esos pequeños detalles, esas creencias, esas confusiones que la cabeza de una niña puede tener, como pensar que mi abuela puede ser un elefante sin duda alguna. Es que la fotografía lo dice por sí misma, fue una toma tan precisa que la imagen se construye sola. Gracias a que le cortaron la cabeza, gracias a ese gran chaleco gris que hasta el día de hoy usa, teje y desteje, igual que Penélope, ella lo cambia según va cambiando su cuerpo. Gracias a la forma en la que me abraza, crea una trompa alrededor de mi cuerpito y las arrugas forman un pequeño ojito. Es perfecto.

Estaba tan convencida de que aquello era más que solo una coincidencia, que me dediqué a buscar muchas más. Puntos de encuentro

en los cuales pudiera sostener esta fantasía. La verdad es que no fue difícil, una cosa llevaba a la otra y cada vez iban apareciendo más y más detalles.

Mi abuela siempre me decía que parezco pajarito, con la cabeza en las nubes. En todo caso no perdía la oportunidad, a sus nietos y nietas siempre nos decía lo mismo: que no teníamos cabeza. Quizá somos imprudentes, quizá no pensamos mucho las cosas, o quizá solo le gusta decirlo. Aquí otra coincidencia: es lindo pensar que gracias a que en esa foto aparece sin cabeza es porque yo la creí un elefante. Para crear nuevos mundos y soñar despierta hay que perder la cabeza, empezar a pensar con el instinto, con la guata, con la izquierda o con los pies. Como sea pero que la razón se quede bien lejitos. Ser más elefante, ser más animal.



Todo este tiempo el elefante eras tú

Dibujo de la serie Cobijo – 2020

Grafito sobre papel

Me encuentro en la búsqueda de reencontrarme con esos seres irracionales que somos por dentro, encontrar lo corporal que está presente en aquello que reprimimos porque nos recuerdan nuestra animalidad y que no somos diferentes a cualquier otro ser, que estamos vivos. *“La mente no contaminada por la degradación de las culturas centrales, este ser instintivo, libre y armónico es capaz de redimir la racionalidad, presentándole las bondades de lo diferente. Las pasiones, las pulsiones de vida y muerte, el deseo, el impulso.”*⁴ La sangre, las arrugas, las manchas, los bigotes, nuestra bestialidad. El paso del tiempo, la corrosión y la fragilidad misma de nuestros cuerpos y mentes que cambian y se ven constantemente alterados por elementos externos.

Hay algo en esa animalidad e irracionalidad que me llama profundamente la atención. Cuando niña me gustaba pillar lagartijas, no les hacía nada por supuesto, solo las atrapaba, las miraba y las soltaba. Me parecía impresionante como podían desprenderse de sus colas. Que estas se pudieran seguir moviendo solas. ¿cómo se sentirá perder la cola? Miraba sus garritas tan pequeñas que se aferraban a mi mano, miraba su piel rugosa a veces de colores, a veces camuflada con el color de las piedras. Pasaba tardes enteras atrapando lagartijas durante mis vacaciones en Los Queñes, por allá arriba en la cordillera. Mi abuela se enojaba, me decía que las lagartijas cuando se agarraban a mi piel se empezaban a incrustar y después se quedarían pegadas para siempre en mi mano. Les tomé un miedo terrible. ¡Imagínense tener una lagartija para siempre en la piel!

Entonces cuando miraba las manos de mi abuela y veía sus arrugas pensaba, ¿acaso a ella se le habrá pegado una lagartija y por eso su piel también es rugosa? Nunca me atreví a preguntarle. Ahora veo sus manos y me encanta ver los mundos que pueden vivir en ellas, me recuerdan a las lagartijas, a la piel del elefante, me recuerdan el paso del tiempo y pienso en todos los pañales que debió lavar y cuánto debió barrer bajo el sol para quedar así.

Recuerdo una serie de fotos que hice hace un par de años cuando estábamos aprendiendo sobre fotografía analógica y revelado en mi segundo año de universidad. Lo análogo y la relación con mi abuela

⁴ Antología de cuentos hispanoamericanos 2006

cobraban absoluto sentido pensándolo desde la obsolescencia de una técnica y estas pequeñas costumbres de ella que también se perderán. Fue como una pequeña pausa en el tiempo. “La once” le llamé a la serie, fotos de mi abuela y de mi casa, de nuestros espacios y nuestras relaciones, el día de hoy las veo y todo toma una perspectiva especial, todo empieza a tomar fuerza, lo que miraba hace cuatro años atrás no es diferente a lo que miro hoy.

Están ahí las manos, las arrugas, los animales, las gallinas que en sus movimientos inesperados terminaban siendo sólo manchas en las fotografías. Me doy cuenta que esto no es sólo lo que miro en ciertos momentos, sino que es parte de mí y de quién soy.

Después también recordé que cuando era niña mi fruta favorita era el plátano. Mi hermana mayor, para molestarme, me dijo un día que si comía muchos me podría convertir en mono. Yo le creí y empecé a comer plátano con susto. ¡Qué ingenua! En la infancia también hay algo de animalesco y del instinto, al igual que este proyecto que surge desde puras pulsiones a hacer cosas y volver a actuar como una niña, jugar con tierra, hacer figuras de barro, pintar con elementos del arte académico, pero casi sin nociones reales, capas y capas de pintura y trementina que hacían un menjunje grisáceo sobre el bastidor. Pintar lo que veo y lo que quiero, mi manera de vivir la vida y la búsqueda de mi cabeza que estoy segura de haber dejado por algún lado. Son piezas que recorren la imaginación desde un punto de vista infantil, pero que de alguna forma también muestran una forma lúgubre y melancólico, de esa niñez perdida en el pasado.

Sin embargo, cuando lo pienso noto algo diferente en la historia de mi abuela. Ella realmente pensaba que la lagartija se iba a pegar en la piel, hasta el día de hoy si le pregunto sigue convencida de su idea ¿Será posible que todavía haya un poco de irracionalidad animal en ella?

Ella también tiene la cabeza perdida, es por eso mismo que puede ser un poquito elefante también



Experimentaciones parte de la serie "La Once" - 2018

Fotografía analógica

III. Mirar al cielo

a. Migrar

*¿Qué tipo de adjetivos se deben usar para hacer
El poema de un barco sin que se haga sentimental?
Fuera de la vanguardia o evidente panfleto*

Silvio Rodríguez

Hay una cuestión que me ha dado vueltas desde que surgió el tema del elefante en mi vida. Hay quiénes me preguntan ¿qué tienen que ver los elefantes contigo? ¿con nosotros? ¿cuándo habrías visto un elefante de no ser por el zoológico? Resulta ciertamente complejo explicar la relación que se puede construir a partir de nuestra identidad y estos animales, partiendo desde una base geográfica. Desde este rincón del mundo es difícil desprenderse de esa perspectiva Hippie Chic de los elefantes hindúes que venden junto a los inciensos y las pulseras rojas sobre un paño en las calles.

Sin embargo, mi visión respecto al tema resulta sencilla. Están ahí y las fronteras ya no resultan ser las mismas de antes. Es iluso pensar que por el lugar en donde nacimos, después de la globalización, aprenderíamos antes de cóndores y huemules que de tigres y elefantes. Para mí como Santiaguina todos estos animales tienen el mismo valor y significancia.

Esto se puede trasladar también a otros aspectos. Los relatos populares se mezclan con las costumbres gringas, se mezclan con la mitología japonesa del animé, se mezcla con los mall chinos, con los haitianos en las calles, con la comida colombiana, con las lecturas europeas.

Para mi abuela quizá era más fácil decir lo que era propio y lo que no, pero según la forma en que me crié, se comienzan a formar mestizajes más contemporáneos y realistas con nuestro contexto actual. Lo popular deja de quedarse en aquellos discursos tan folclóricos que suelen

molestarme. *“Nada se gana con pretender imaginar en nombre del pueblo, nadie puede soñar historias ajenas con la suficiente convicción como para poder cambiarlas”*⁵ Ticio Escobar lo deja claro, por más xenofobia y racismo que pueda existir, la migración, el mundo globalizado, el intercambio de culturas es parte un nuevo relato que no podremos cambiar, que de nada vale seguir romantizando aquellas imágenes del folclor si es que no son parte de nuestro día a día. Pero al mismo tiempo me resulta necesario reivindicar esas narrativas humildes y diarias.

Esta reflexión también tiene que ver con las materialidades, en el momento en que pienso en figuras de greda es imposible no pensar en platos de Pomaire y figuras de loza policromada, y cuando empecé la búsqueda de cerámicas para poder trabajar en mi proyecto, encontré casi una contradicción que fuera tan difícil encontrar greda de calidad en Santiago, siendo considerada un elemento típico.

Al mismo tiempo, consideré necesaria que fuera aquella la pasta que trabajase, en primera instancia por factores materiales, no cuento con grandes hornos para cocer las piezas ni tampoco con las comodidades para transportarlas. En segundo lugar, me parece importante para quitar ese rasgo folclórico y hacer evidente esta mezcla entre imaginarios antiguos y actuales. La greda es humilde, sencilla y democrática, es más tosca también, se notan los granos de la tierra, se cuece directamente a la orilla de la fogata, junto con el asado y la tortilla de rescoldo, queda el tiznado del fuego en las piezas. Es hermoso. Y es la misma sencillez y cotidianeidad que me transmiten las historias de mi mami.

Pensar la tierra es también importante en este punto, el fuego, el carbón, el tizne, la greda. Con la cabeza perdida, pero con los pies siempre en la tierra, moviéndose y cambiando, pero siempre en la tierra. Entonces me pregunto:

¿Es acaso migrar el destino de todo ser vivo?

⁵ Escobar, T. (2008). *El mito del arte y el mito del pueblo: Cuestiones sobre el arte popular* (1.ª ed.). Metales pesados.

El movimiento es eso: vida. Significa no rendirse, significa la búsqueda, significa la acción. La migración a acompañado no sólo a la humanidad, sino que a todas las especies sobre la faz de la tierra.

Los elefantes son también animales migratorios, siguen a las abuelas, jefas de la manada, en búsqueda del agua en los tiempos de calor. Las elefantas son animales por naturaleza matriarcal. Echan a los hombres dominantes y violentos de las manadas y se van cuidando a sus crías. Mi abuela también migró, le tomó una vida buscar un lugar en donde asentarse, por su familia y por sí misma. Siempre me habla de cómo ella se fue, sin nada en los bolsillos más que el anhelo.

Esta otra coincidencia no me deja indiferente, siempre me ha tocado hasta la última hebra. Pensar en esas decisiones y determinaciones. Tan arriesgadas, pero que al mismo tiempo es la realidad de tanta gente. Dejar el hogar y el espacio seguro. Pensar en aquellos parajes, en la carencia. Me llevaron a hacer una serie de dibujos para este proyecto. Hechos en carbón sobre pliegos de papel, me hacen sentirlo más cerca, siento la suciedad y el tamaño del papel. Así como cuando era niña y dibujaba con el carbón del brasero en el piso del patio de la casa.

Mientras hago estos dibujos reflexiono sobre el negro de la noche, la oscuridad y la escasez de objetos materiales que tuvo en ese tiempo. Reflexiono sobre como con lo más simple que ella tenía se vio obligada a aguantar días completos de viaje. Los trocitos de pan envueltos en servilletas y una muda de ropa en su bolso.

Como mencioné antes, el dibujo para mí se transforma en un dialogo que me permite ver eso que hay en mi cabeza. Busco entre mis recuerdos aquellas historias que mi abuela me contaba sobre el desierto y su llegada a Santiago y entonces el gesto de mi mano se vuelve grande y tosco, violento, casi tan violento como la carencia.

Siempre han chocado nuestras perspectivas al respecto, ella siempre cuidando todo, guarda hasta las hilachas de los manteles por si en algún momento le pueden servir para hilvanar. A mí, como nunca me ha

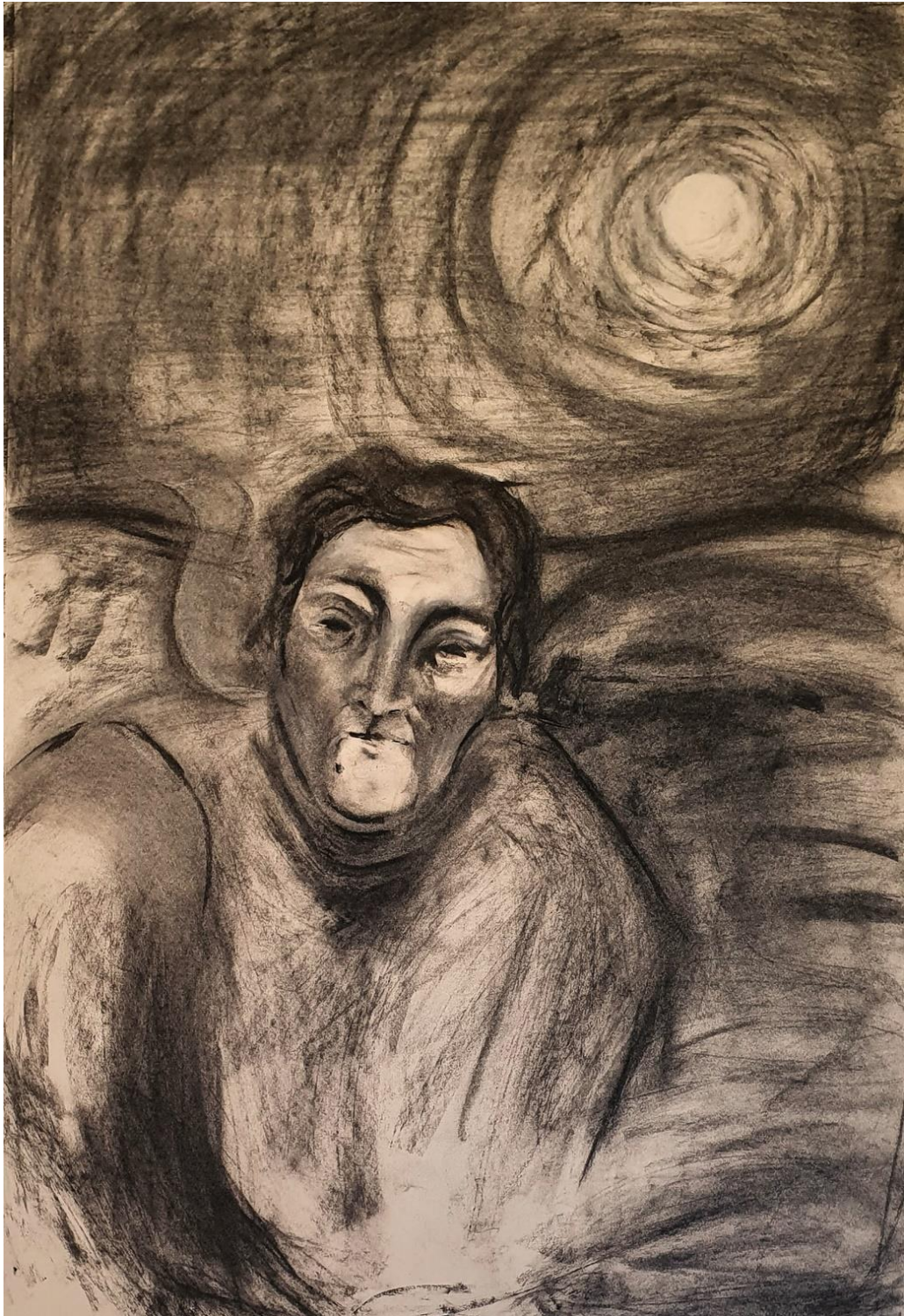
faltado nada material, soy más de lo nuevo y el desecho, soy más del *no importa, después compro, ya no voy a usar esto, entonces lo boto*.

Para mí, darle valor a eso a través de lo material en esta obra era fundamental, recorrí mi patio en busca de algún pedacito de carbón que haya quedado de alguna fogata y fueron esos trozos los que utilicé para dibujar.

Ella vino del norte, por allá arriba, más cerca de la cordillera y el cielo. Guiando a sus crías anduvo días a pie y en tren, cruzando el gran desierto, donde la noche profunda hiela y el sol del día quema la piel. Arrancando de un marido abusivo, se escondió para que jamás pudiera volver a encontrarla. Tal y cual manada de elefantes que destierran a sus machos para que no les hagan daño a sus crías.

*“Aún no se habían producido las grandes disyunciones bíblicas y el mundo no se encontraba bien diferenciado. Las fronteras eran fluidas entre lo humano y lo animal: los unos se transformaban fácilmente en los otros, y los animales sabían hablar. Esta misma fluidez se daba también entre lo animado y lo inanimado ya que la naturaleza no adquiriría todavía su forma definitiva”*⁶ Esta cita que habla sobre la perspectiva andina de la construcción de mundo demuestra como esos paradigmas aún no logran erradicarse. Mi abuela se transformó en animal para guiar a su familia a un lugar mejor.

⁶ Cereceda, V. (2017). De los ojos hacia el alma (1° edición). Plural Ediciones.



Mirar el cielo N°1 2021

Carboncillo sobre papel

b. Donde habita el infinito

*Algo de mí se ha perdido entre tu casa y mi casa
¿Será el calor que no abrasa?
No es de gozo, no es de ira, como tampoco es mentira
Que algo de ti se ha escondido
Entre tu calle y mi alma*

Susana Baca

A veces me pregunto por qué escogería el infinito un lugar como el desierto para vivir, tan solo, tan callado. Por donde se mire aparece, en ese horizonte eterno que parece burlarse de los errantes, cada vez más lejos. En la noche oscura que se vuelve compañera cuando se deambula sin rumbo fijo, un mar inundando de negro todo lo que toca. En cada estrella del cielo, en cada grano de arena, en el frío que cala, pero por sobre todo vive en el dolor y la indiferencia del camino, en la soledad de los tiempos viejos. El infinito habita en el desierto, habita en sus experiencias, en sus memorias, en aquel espacio vacío que le permite a la cabeza estar en cualquier otro lugar del mundo.

Venir del desierto significa llevar todo eso auestas, el infinito mismo que se acarrea en la espalda, que se lleva en el bolso de mano del viaje hacia una vida mejor. Cómo puede alguien llevar tanto auestas, es imposible que el cuerpo humano resista ese peso, el frío, la soledad. La fuerza de un elefante podría hacerlo, ahí hay otra coincidencia más que me lleva a pensar que mi abuela es también animal: necesitaba la valentía que otorga la irracionalidad bestial para emprender su viaje.

No me puedo imaginar cómo pudo haber sido llevar a la manada auestas. Así, solo con la seguridad de que pronto aparecería un charco de agua para poder beber. De la manito para que no se le pierda ninguna

cría, pajaritos cantores que no callaban nunca, que tengo hambre, que estoy cansado, que me duelen los pies, que tengo susto, está muy oscuro.

Cualquier niño se asustaría ante tanta inmensidad. Una vez escuché que existen culturas en la que el negro representa el infinito, el origen de la vida, que también es muerte. Es profundidad y eternidad. Como no intimidarse ante tal presencia.

El cielo tiene algo muy bello según mi perspectiva. Sólo hay uno y siempre está ahí. Se puede esconder dentro de las paredes del encierro, pero siempre estará. De alguna forma representa la esperanza misma. Cuando miras al cielo puedes estar donde quieras. Aquí, en Chañaral o en Berlín. Las nubes se verán de la misma forma, las estrellas serán iguales y el sol sólo será uno. A veces, cuando hay nubes en el grisáceo y plano cielo santiaguino, aprovecho de acostarme en el pasto y mirar pa arriba. Veo las formas que cambian y recuerdo momentos en los que fui un poquito más feliz. Recuerdo mis viajes por Bolivia, en donde el cielo siempre estaba atiborrado de nubes. Recuerdo las vacaciones en el sur, en el campo de mi tía Rosi en Chiloé. Recuerdo los caminos en carretera, las tardes en la playa. ¿Será que una siempre será más feliz cuando se está en otro lugar? ¿Será que el sentido de la vida es buscar nuestro lugar?

Tengo una compañera, la Negra Libertad, a la que apenas le brillan los ojitos en la oscuridad. ¿Ella vendrá también del desierto? Infinita como el mismo, siempre está ahí mi negra compañera, como el cielo o la cordillera. Dicen que podría atraer la mala suerte, yo creo que no pude haber tenido tanta suerte de haber cruzado mi camino con algún ser como ella. En la cara de los animales siempre hay multitudes. Por las mañanas cuando miro a la Negra a veces veo a mi abuela en el fondo de sus ojos ¿y si la vida siempre está en otro? ¿y si en ella viven los recuerdos de aquella travesía?

Ella es parte de mí, es quién sabe y escucha todos mis secretos. Mis sueños y mis pensamientos. Ella puede guardarlo todo, jamás me traiciona. Cuando es de noche y estoy sobre mi cama, ella se vuelve enorme e inunda mi pieza, yo solo veo sus dos ojitos como dos estrellas que brillan y me miran. Ella es el cielo estrellado. Ahí es cuando sé que le

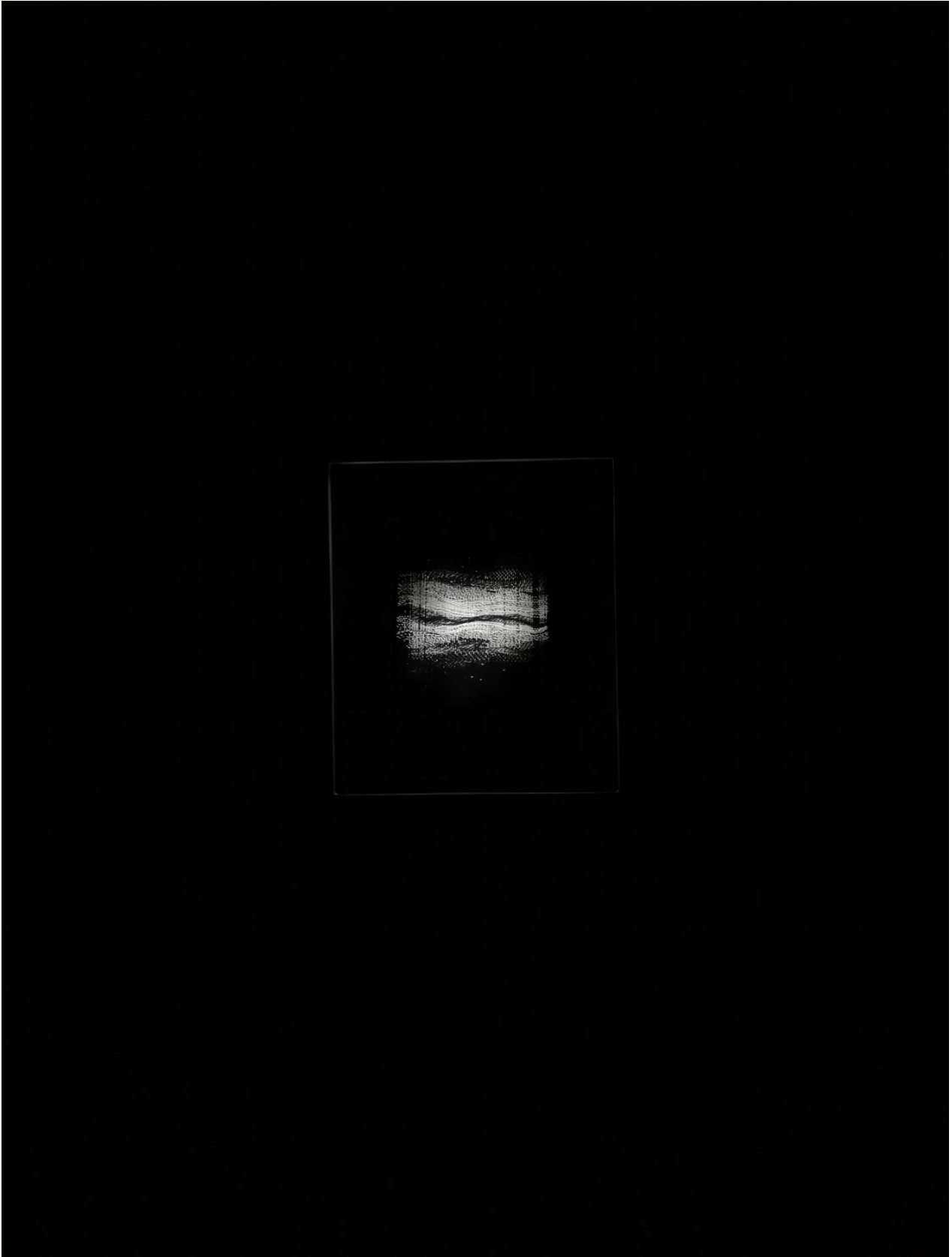
puedo decir cualquier cosa y ella no se va a ir. De día en cambio se vuelve pequeña y suave. Se lava y me limpia a mí también.

Es como esas pequeñas muñequitas que guarda mi abuela en su velador, Quitapenas le dice. Cuando niña me contaba que cuando tienes algo atravesado en la garganta, un problema, una tristeza, son ellas quienes se encargan de resolverlo durante el sueño. ¿Será la Negra Libertad una Quitapena? Al menos para mí lo es, ella es quien ha acompañado cuando no quería a nadie más a mi lado. A mi Negra le debo la vida, a sus ojitos brillantes y a sus cariños nocturnos. Nunca se va de mi lado, nunca me deja sola. Así como la noche eterna.

El año 2019 fuimos al museo de Arte Precolombino con mis compañeras del taller de Arte Textil, el encargo era escoger una pieza y reinterpretarla. De inmediato me llamó la atención una pieza tejida mapuche, la verdad es que no recuerdo el nombre, pero sí recuerdo que era un cuadrado negro. Sólo eso, negro sobre negro. Desde lejos se veía solo como una mancha oscura en medio de una sala llena de tejidos de mil colores y de mil formas. Pero al acercarse y detenerse a mirarla iban apareciendo los detalles. Aparecían texturas, matices de la oscuridad, pequeños brillos con los que los hilados reflejaban la luz. Sutilmente hermosa, me recordó al pelaje de mi Negra.

En aquel tejido, siendo mucho más sencillo, podían habitar tantas cosas. Al hacer la reinterpretación traté de evocar todo eso que me había causado, de mostrar el infinito entero sólo en una pieza. Entonces pensé en el cielo. Qué más eterno que él. Hice mil pruebas de tejido para conseguir el efecto deseado. Usé diferentes hilados para generar la diferencia de tonos, puse delgados hilos plateados entremedio, los que brillaban cuando se pendían las luces de la caja. Lo más hermoso era verla iluminada cuando estaba la sala en oscuridad, ya que el tejido dejaba de estar metido dentro de una caja de 60 x 40 cm, sino que se desbordaba por las paredes, ya que todo se volvía negro.

Sigo buscando el camino de vuelta a mi hogar, sigo los pasitos de mi abuela que me guía. Siempre ahí, me enseña cual es el mejor camino, aunque a veces me equivoque y termine dando vueltas en círculos.



Donde habita el infinito – 2018

Tejido sobre caja de luz

IV. Como quieren los elefantes

a. Sobre la vida y la muerte

*Con el corazón en la mano
Hoy vengo a tu despedida
Te pido que te lo lleves o quítale aquí la vida*

Guillermo Fernández

Conozco una vieja elefanta que está empezando a perder la memoria, lo que le da identidad se está perdiendo ¿es acaso demostración que su camino se está acabando? ¿deja de ser ella misma?

Me da un susto increíble esa idea. A este punto me dan ganas de decir que llevo un año trabajando y pensando en puras tonteras, que mi Mami nunca fue elefante, que se le olviden las cosas es solo porque es parte natural de la vida y no porque haya una coincidencia o simbolismo más complejo atrás de eso. Poner un tanto de racionalidad y cordura en el asunto.

Después se me pasa porque recuerdo que sencillamente no soy así, que necesito tener el corazón en la mano y de todas formas aceptar ese dolor, aceptar que todo es parte de todo, siempre presente, como el cielo o mi Negra Libertad. A veces se nos olvida a pesar de eso, dicen que hay cosas para las que nunca se está preparado.

Vivo en una casa de campo, con gallinas, gansos, perros, gatos, ratones, conejos y un montón de seres más. Es increíble como para ellos la muerte puede ser tan natural. El otro día la Negra entró corriendo por la ventana de mi pieza, dejando un charco de sangre de un pajarito que aún aleteaba en su hocico. Los perros agarran como costumbre matar a las gallinas, los gansos se matan entre sí. La sangre y la tierra se mezclan sobre el piso, crean una paleta de colores sucia y triste. Mientras pintaba los cuadros tenía esa imagen mezcla en mente. Es imposible para mí no sentir

una angustia terrible cada vez que siento el último aliento de un pájaro en mis manos, cuando trato de darle calor a los pollitos, cuando veo la putrefacción de algún cadáver que no encontramos a tiempo, los gusanos moverse, ese inconfundible olor a muerto. La sangre, la carne, las vísceras, encontrar aquel rastro de plumas que anuncian que vas a presenciar una muerte.

Sin embargo, lo entiendo como una lección, quizá ese es el estado natural de las cosas. La muerte es necesaria y la paz es una utopía. Tenemos que aprender a vivir en el constante estado de crisis. Vinimos al mundo a morir.

*“El arte moderno, que no hace sino llevar a sus últimas consecuencias una intención inscrita desde el Renacimiento, un rechazo sistemático de todo lo que es "humano", entendiendo por humano las pasiones, las emociones, los sentimientos que los hombres ponen en su existencia y al mismo tiempo todos los temas u objetos capaces de suscitarlos: en los que toman parte como si fuesen casos reales de la vida. Rechazar lo "humano" es, evidentemente, rechazar lo genérico, es decir, lo común, "fácil" e inmediatamente accesible, y, desde luego, todo lo que reduce al animal estético a la pura y simple animalidad, al placer sensible o al deseo sensual”*⁷ Yo parto desde un punto de vista diferente, e incluso, contrario. Me parece muy relevante poner en cuestión justamente todo aquello animal que todavía queda en el ser humano.

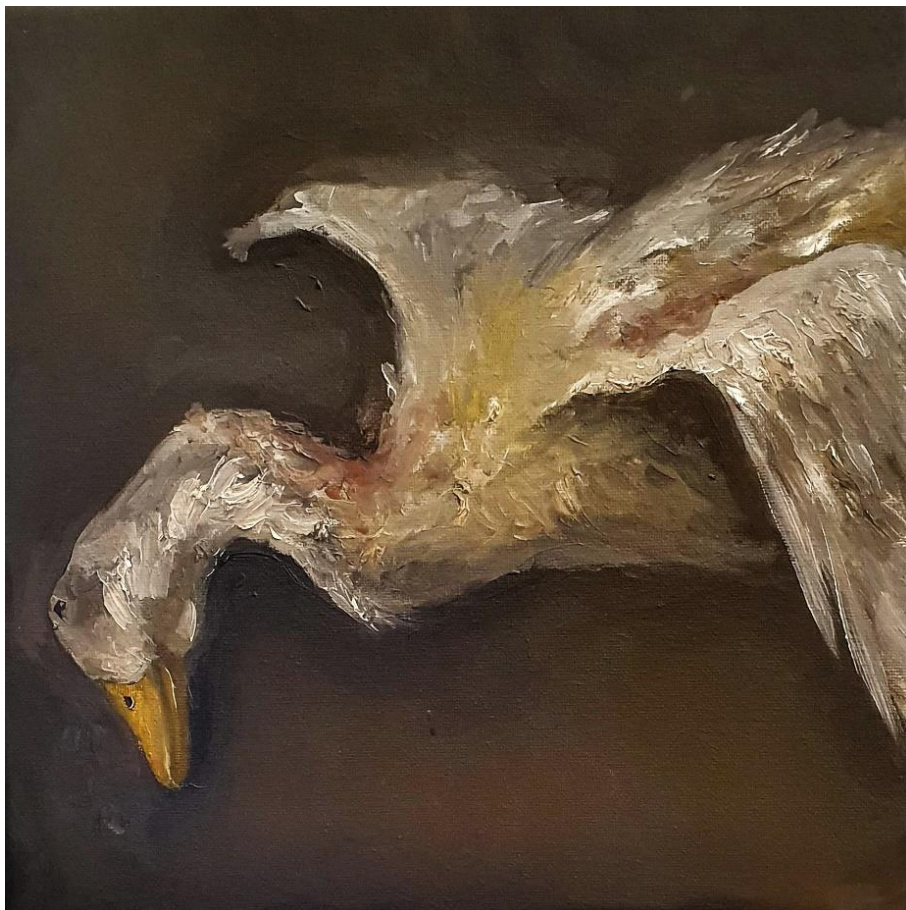
La sensibilidad en un mundo frío e indiferente es lo más bello a lo que se puede apelar, sin embargo, esa sensibilidad no necesariamente es provocada por cosas estereotípicamente bellas. La mayoría de las veces lo sensible surge desde los rincones más inhóspitos y de las situaciones más feas. Es más, es el dolor el que nos hace darnos cuenta de que estamos vivos, es recién cuando nos empieza a doler la cabeza de tanto mirar las pantallas que nos damos cuenta de que no somos máquinas que pueden no parar nunca. El reconocernos humanos sensibles y frágiles es lo que nos hace más profundamente bellos, el hecho de que la vida pende constantemente de un hilo, el hecho de poder hacer daño, de poder

⁷ Bourdieu, P. (1988). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. TAURUS.

hacernos daño a nosotros mismos. De ese momento efímero y sutil, del dolor y del amor.

Desde este punto parte la serie de pinturas de mi proyecto, aún no tiene nombre, pero las siento como un amuleto protector. Al centro el autorretrato con mi Negra sobre mis brazos, bien afirmada. Cuidadora, quién me escucha y contiene y por detrás la figura de mi Mami Elefanta, siguiendo mis pasos. Alrededor de esta pintura están todos estos animales muertos, que pueden ser presagio de malos augurios o sólo aquello que nos estará rodeando para siempre y con lo que hay que aprender a vivir. Siempre estará aquel protector y compañero. Porque la vida nace, muere y vuelve a nacer, sin temor a morir, esa es la gran lección. Saber que la muerte es parte de la vida, y todo es parte de todo.

Yo sé que, en cambio de mí, mi abuela ha presenciado muchas muertes y no sólo de animales, ha sostenido sobre sus brazos a muchos cuerpos. A pesar de lo fuerte que es tengo siempre presente sus relatos y lo frágil que se sentía su voz al contármelos, pero siempre firme como elefanta.





Sin título, 2021

Óleo sobre tela

b. El funeral

*Dicen que por las noches no más se la iba en puro llorar
Dicen que no dormía no más se la iba en puro tomar
Juran que el mismo cielo se estremecía al oír su llanto
Como sufrió por ella que hasta en su muerte la fue llamando.*

Pedro Infante

La memoria del elefante les permite sentir y recordar a sus seres. No es metafórico lo que digo, en realidad estos animales tienen más desarrollado la zona donde se procesan la memoria y las emociones en sus cerebros, el hipocampo.

Esto los hace sentir fuerte y complejo, al igual que mi Mami y yo. Y aquí hay otra coincidencia más que ya no involucra solamente a mi abuela sino más bien a toda nuestra especie: se despiden de sus muertos. *Cuando uno de ellos muere, toda la manada los sufre. Si se trata de una cría, la madre permanece junto al cadáver mientras el resto de la familia se mantiene a su lado. Cuando muere un adulto, no se alejan de él hasta que su cuerpo se pudre. Cuando muere la matriarca, la manada corre el riesgo de disgregarse. Algunas familias tardan hasta 20 años en reconstruirse, otras no lo logran jamás.*⁸

Se mantienen ahí, al lado del cadáver. Se acercan de uno, les hacen cariño con sus trompas, los tocan con sus patas, los contemplan en silencio y hasta algunos les ponen hojas sobre su cuerpo. Si eso no es un funeral entonces que alguien me diga que es. Es más, son capaces hasta de recordar los lugares en donde están los restos de su manada después de muchos años, pueden reconocer los huesos y cada cierto tiempo vuelven a aquel lugar, casi como que fuese un cementerio.

⁸ Burucúa, J. E. & Kwiatkowski, N. (2020). *Historia natural y mítica de los elefantes (Fuera de serie nº 1)* (1.ª ed.). Ampersand.

Hace un par de meses atrás mi prima la Mariana murió, este evento inevitablemente se atravesó en mi proyecto de título. Nunca había visto a mi familia tan quebrada y tampoco había tenido la desgracia de presenciar la muerte de alguien tan cercano. Ella sólo tenía treinta años y no alcanzó a cumplir uno estando enferma.

En ese punto yo ya había empezado mi obra y ya había leído bastante sobre elefantes. Entonces ahí, con el ataúd en medio de la sala y entre la tristeza que sentía, no podía ver más que una manada de elefantes. Mi tía le hacía cariño a la Mariana, su brazo como una trompa y con los ojos reventados de tanto llorar, mientras mi Mami matriarca se mantenía impávida a su lado, con la mirada perdida entre la gente. El resto pasaba y pasaba y cada quién se despedía como podía.

Este hecho puso a funcionar de nuevo la memoria de mi Mami Elefanta, a buscar los restos de las historias y los traumas pasados. No es primera vez que ella tiene que enterrar a una hija. Salieron los trapos al aire que se habían mantenido guardados durante más de cuarenta años. Sentí que volvió a aquellos viejos lugares, a visitar otra vez esa casa, a encontrarse de nuevo con mi tía Marisol. Mientras vivía el duelo de una, revivía una vez más los dolores pasados.

De alguna forma entendí como la muerte podía ser parte viva de la memoria. Y sin quererlo volví a un trabajo que hice el año 2018, que justamente tenía que ver con los relatos emotivos, relatos textiles. Yo trabajé sobre un recuerdo que tenía en la antigua casa de la Bandera de mi abuela, cuando jugaba entre las cortinas y me convertía en fantasma, sentía que nadie me podría ver ahí. Como parte de ese ejercicio busqué entre los archivos de mi Mami y encontré una carta dirigida a la dirección de la casa y a nombre de mi tía Marisol.

Adentro tenía los papeles de inscripción de la casa, que los años previos a eso había sido sólo parte de una toma de terreno en la población. Al abrir la carta se creaba esa abstracción de la imagen de una casa, así como la que dibujan los niños.

Tomé fotografías tuyas y a través de un traspaso de imagen sobre un trozo de tela volvió a habitar la casa que había sido tuya. De alguna forma la visualidad que entrega el traspaso en piroxilina recuerda también a la época de los 80'.



Relato emotivo – 2018

Traspaso en piroxilina y bordado

Esta es la perspectiva que puedo tomar desde el día de hoy. Pensando en la Mariana y en mi tía quiénes murieron por la misma enfermedad.

Esos lamentables recuerdos son circunstancias que nos van a acompañar el resto de la vida y que también nos conforman como personas. Como dije antes, la sensibilidad muchas veces surge de las situaciones más feas.

Sentí necesario mostrar esto también en el proyecto actual. Dejar constancia de esas situaciones y personas que se convertirán en recuerdos y parte de una memoria familiar. Esta situación fue algo que no estaba previsto, pero que me marcó profundamente y atrajo también otros recuerdos. Como retomar la imagen del fantasma, que yo construía en esta

casa de mi tía Marisol con sus cortinas, pero que también nos habla de los espíritus y del alma.

Empecé a investigar con las figuras de las animitas, de los angelitos, los ataúdes en greda, todos esos espacios que nos recuerdan a la muerte, una forma de mantenernos en la tierra después de todo. Hice una serie de guaguitas y angelitos de cerámica, cada una de ellas representando a un hijo de mi Mami. Ellas están acompañadas de pequeños cuadros pintados al óleo, imitando los marcos ella tiene sobre su repisa como reliquias de cada uno de los integrantes de su manada.



V. El Corazón en la mano

*Yo vengo a ofrecer mi corazón
No será tan fácil, ya sé qué pasa,
No será tan simple como pensaba,
Como abrir el pecho y sacar el alma,
Una cuchillada del amor*

Fito Páez

¿Qué significa llevar el corazón en la mano? Esta imagen que vino a visitar mi mente y que parece estar cómoda ahí. Pido disculpas si es que alguien fue quién me lo dijo y yo, con la cabeza siempre en las nubes, procedí a olvidarlo y a hacerlo parte mío. Les cuento, es una conversación, tengo la idea de que fue con una persona mayor y sabia o al menos me dio la sensación de una energía dominante y segura. Yo en mis vaivenes de inseguridad, insegura de mí, de mis manos, de mis artes, de mi rol, de mis proyectos, de mi vida. Sólo podía pensar que el arte se vuelve agotador de estar tanto tiempo cuestionando, dudando, filosofando, probando, errando. Para además sumar la inestabilidad, de tener que darlo todo para ganarse la vida del arte. Llorando decía: *¡por qué no pude escoger la contabilidad! ¡Por qué no pude ser abogada! ¡A mí siempre me fue bien en el colegio! ¡Podría haber estudiado lo que sea y estaría tranquila y segura!* Y como un charchazo me llegaron estas palabras de parte de aquella persona:

Es doloroso, pero, así como en la vida, hacer arte es para valientes, para quienes están dispuestos a tener el corazón en la mano siempre.

Se me vino esa imagen a la cabeza. Un corazón en mis manos ¿era el propio?, todavía con un leve palpitar, tibiecito y húmedo, chorreando la sangre por mis brazos, pero ahí lo tenía, firme, con garra. No lo iba a soltar más, aunque doliera, aunque diera asco, aunque cansara, lo iba a sostener siempre.

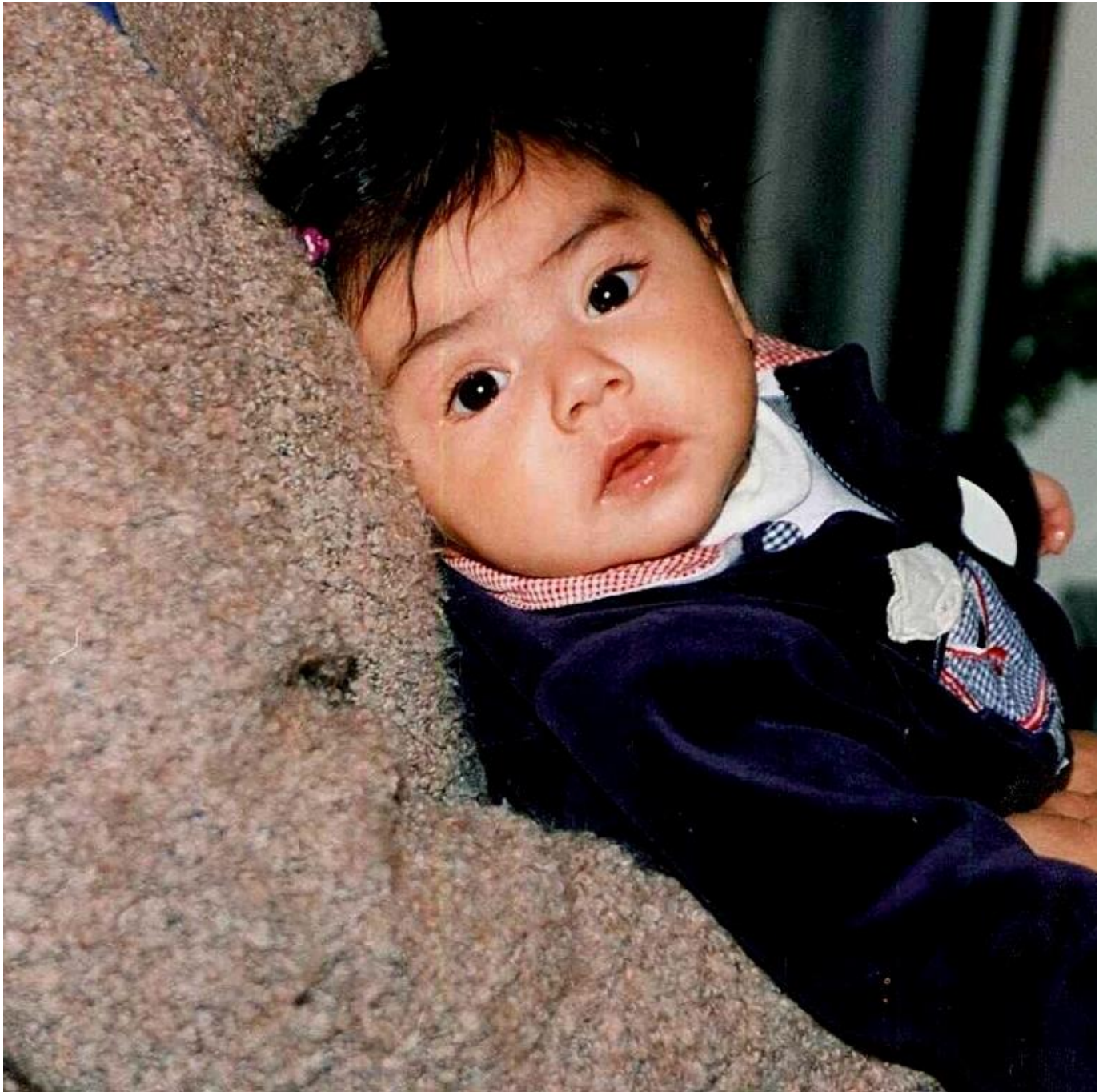
Entiendo la práctica artística como ese espacio que da evidencia material aquel impulso de sentido interior. Las piezas que reuní para esta obra es mi identidad, mi forma de ver la vida y aquello que llevo dentro. Justificado a través del relato de las similitudes entre mi abuela y un elefante.

Los trazos gruesos, los rasgados, la mancha, los colores pastosos, las figuras toscas dan cuenta de una forma intensa de ver la existencia.

El dolor es parte de la vida, los errores, la muerte, y que tenemos que incorporarlos como parte nuestra. Ser sinceros con nosotros mismos, hablar y hacer desde la guata, desde lo que nos nace de adentro, sosteniendo siempre nuestro corazón entre las manos. Desde ahí nace la necesidad de trabajar los temas que me son recurrentes. Sólo me interesa el arte si es que con él puedo mostrar mi interior al desnudo, tal como es. Mis historias, mis miedos, mi infancia, mis recuerdos, mi corazón. Dejarme sentir, como un viento de otra tierra. Y esta obra es eso, se conforma de cinco partes, son mis vísceras, el barro, el carbón, la pintura y la luz.

Lo único que tengo, mi amor y mi sustento.





VI. Bibliografía

Bourdieu, P. (1988). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. TAURUS.

Bourgeois, L. (1999). *Art Is a Guaranty of Sanity, no. 9 of 9* From the series, *What Is the Shape of This Problem?*

Burucúa, J. E. & Kwiatkowski, N. (2020). *Historia natural y mítica de los elefantes (Fuera de serie nº 1)* (1.ª ed.). Ampersand.

Cereceda, V. (2017). *De los ojos hacia el alma* (1º edición). Plural Ediciones.

Chusicanqui, S. R. (2015). *Sociología de la imagen: Miradas ch'ixi desde la historia andina* (1.ª ed.). Tinta Limón.

Escobar, T. (2008). *El mito del arte y el mito del pueblo: Cuestiones sobre el arte popular* (1.ª ed.). Metales pesados.

Fernández, M. R. (Ed.). (2006). *Antología de Cuentos Hispanoamericanos* (28.ª ed.). Editorial Universitaria de Chile.

García Márquez, G. (1994). *Del amor y otros demonios*. Editorial Contemporánea.

Yanagi, S. (2020). *La belleza del objeto cotidiano*. Editorial Gustavo Gili.